Capítulo I

Junio, 1962

*Llegué a este mundo una lluviosa noche del quince de junio de mil novecientos sesenta y dos, en el Hospital Francés de la ciudad de Montevideo, siendo bautizado como Noé Gervasio Millot Paiva. En realidad, era esperado para días más tarde, pero mi condición de primerizo y –según los entendidos- la misma tormenta adelantó el parto. Y así casi a las veintiuna horas mi nervioso padre recibió la noticia de que su primer hijo había nacido con ciertas dificultades cognitivas.*

-Señor Millot-irrumpió la enfermera en la sala de espera en el momento que este encendía su tercer cigarrillo.

-¿Si?-parpadeó mi padre temblando.

-Felicitaciones. Es padre de un hermoso niño.

-Al fin-exclamó escuchando el aplauso de los otros hombres que estaban junto a él en la dulce espera. ¿Mi esposa?-preguntó casi enseguida.

-Perfectamente-respondió la mujer que había permanecido sin moverse esperando que el hombre se calmara.

-¿Puedo verlos?-insistió Marcus reponiéndose.

-Por supuesto, pero el Doctor Otegui querría hablar con usted un minuto.

-¿Sucede algo grave?

-Será mejor que me siga-rogó la enfermera con calidez.

Marcus Millot deseo suerte a los otros padres que esperaban ansiosamente a sus vástagos, y siguió por los corredores a la callada mujer.

-Doctor, el Señor Millot ha llegado.

-Que pase-ordenó el profesional.

-Ya escuchó, adelante.-indicó la eficiente mujer.

-Buenas noches, con permiso-entró papá.

-Buenas. Tome asiento. Primero, quisiera confirmarle que su hijo y esposa están en perfecto estado de salud. Sin embargo, necesito, explicarle algunas cosas sobre el niño.

-Hable-rogó mi padre preparándose para lo peor.

-Como le habrá dicho Georgina, mi enfermera personal, el niño y su madre están perfectas condiciones de salud.Sin embargo, el bebé…

- Aclare de una vez –silabeó papá. Desde que la enfermera vino a buscarme me di cuenta de que algo raro sucedía.

-Su hijo es diferente a los demás niños-afirmó el profesional deseoso de terminar con la inquietante situación.

-Todos son diferentes-sonrió nervioso.

- Me refiero a que nació con un trastorno genético llamado Síndrome de Down, que le impedirá aprender con la velocidad de los demás chicos. Es decir necesitará cuidados especiales, durante toda su vida. Pero siguiendo las indicaciones profesionales, podrá llevar una existencia casi normal.

-Está diciendo que mi hijo es discapacitado.

-No me gusta esa palabra. Solo le estoy diciendo que su hijo será más lento que el resto, y probablemente, tendrá ciertas características físicas especiales.

-¿Cómo cuáles?

- Ojos en forma almendrada, posible baja estatura, lengua que tiende a salirse de la boca…

-¿Por qué ocurrió esto?-preguntó mi angustiado padre.

-Difícil afirmarlo, Estimado Señor. Debe saber que la incidencia estimada del síndrome de Down a nivel mundial se sitúa entre uno de cada mil recién nacidos, actualmente existen cerca ocho millones de personas conocidas con esta condición.

-¿Mi esposa lo sabe?-preguntó secándose la lágrimas que humedecían su rostro.

-Por supuesto. Como le dije, el niño requerirá más atenciones que un niño “común.” Sin embargo, apenas nacer le hicimos una batería de exámenes médica y parece estar totalmente saludable, pero deberá ser controlado con frecuencia. Por lo menos los primeros meses. Aquí tiene un folleto con indicaciones generales y Asociaciones que podrían ayudarlo. Algunas exigen ciertas donaciones anuales, pero otras son gratis.

-Podemos pagar-afirmó el hombre con orgullo. Soy contador de una multinacional y mi esposa dirige el área de marketing de una oficina pública. No quiero padecer pedante, pero el dinero no será obstáculo para darle a Noé lo mejor.

- -Excelente. Aquí tiene mi número. No duden en llamarme si necesitan mi ayuda.

-Gracias. Así lo haremos, ahora iré a ver cómo está mi familia -sonrió Marcus recobrando su compostura.

-Hágalo. A Kate le hará bien verlo-asintió Otegui.

-Sin duda-afirmó. Pero ella es una mujer muy fuerte, estoy segura que estará lista para luchar por la felicidad de su hijo.

*Y papá no se equivocaba. Mi madre lo recibió con una sonrisa en los labios, y ese sentido del humor tan particular que supo mantener durante toda su vida.*

-Hola. Pensé que te había dado miedo la idea de ser padre y habías huido-saludó con naturalidad.

-Lo estuve pensando, pero desistí-sonrió mi padre apoyando en la mesa las rosas recién adquiridas en la florería del Hospital.

-Pesó tres kilos cien, dio mucho trabajo para salir. Estaba contento en mi cuerpo, quizá tenía un poco de cautela por lo que tendrá que enfrentar a partir de ahora-comentó Kate mirando fijo a su marido.

-Puede ser, pero tiene a sus padres para que lo apoyen. Por cierto es un niño bellísimo. El color de su cabello es como el tuyo-sonrió acariciando las hebritas doradas que lucía Noé.

- Sus ojos son tan azules como los tuyos. Ojalá no los cambie, ya los verás cuando despierte -susurró Kate.

*Y en ese momento como si presintiera que me nombraban, me desperté -y según cuentan mis padres-sonreí por primera vez.*

El tiempo pasó con rapidez y mis padres tomaron con naturalidad mis dificultades. A los dos años comencé un jardín privado, y casi enseguida el club.

-No me interesan lo que digan los médicos, ese niño está un poco rollizo y debe adelgazar-exclamaba mi madre controlando mi comida exhaustivamente.

-Pero unos caramelos no le harán mal, es un casi un bebé –rezongaba papá... En acuerdo con los especialistas, mis padres decidieron que sería bueno que cursara dos años más de jardín que lo habitual, pero cuando cumplí los ocho, mi madre decidió que ya era demasiado grande para estar con niños de cinco.

-¿Y qué piensa hacer?-preguntó el Doctor Otegui con quien seguían un permanente contacto.

-Lo que cualquier niño, apuntarlo en primer año. Es hora de que Noé comience primaria.

-No será fácil, el jardín es una cosa, pero la escuela formales muy diferente. Los niños pueden ser muy crueles-anunció con cautela.

-Lo tengo claro. Gracias por su opinión.

Y otra vez, mamá se salió con la suya. Pese a las reticencias iniciales de las maestras, ella resolvió que cursaría primer año. Afirmó que yo llevaría una tutora especial para que me acompañara, algo nada común en esa época.

--No sé cómo lo tomarán los otros niños-se atrevió a comentar la Directora. Noé es un chico especial, con condiciones particulares.

-Como todos-gritó mamá. Es un chico bueno y muy dulce, por supuesto que le costará más que a los otros, pero por eso vendrá con su profesora particular. Y en cuanto a su aspecto, mi hijo es mucho más lindo que varios de los alumnos que tiene sentados calentando sillas.

-Probaremos-asintió la maestra sin querer contrariar a la efusiva madre. No prometo nada, pero inscribiremos a Noé en un grupo regular.

-No pretendo que prometa nada. Mi hijo estudiará y saldrá adelante. No lo dude –afirmó llevándome de la mano para que conociera a mi nueva escuela.

*Sin embargo, las cosas no fueron tan fáciles como ella imaginó. Los compañeros de clase me miraban con asombro, como si fuera un bicho raro y casi siempre debía realizar solo los trabajos en equipo. Estaba triste y lloraba cada día cuando llega el momento de ponerme el uniforme, pero mamá no desistía.*

-Te has sacado buenas notas los últimos días, debes seguir adelante.

-Pero los niños no me quieren, se ríen por mi aspecto y no quieren jugar conmigo.

-Ya lo harán, no te achiques. Son tontos, no saben lo que se pierden--insistía mi madre una y otra vez.

*Efectivamente, las cosas comenzaron cambiar, cuando una de las niñas más populares de la clase se sintió mal en la piscina y yo, que estaba cerca, la ayudé a salir del agua. Sus padres no sabían de qué forma agradecerme, y la chica se convirtió en una de mis mejores amigas. Resultó que la niña era epiléptica, y sus padres no querían decir porque tenía miedo a que la miraran con lástima.*

 *A partir de ese glorioso momento, nunca más se burlaron de mí. Todo parecía marchar bien, hasta que una noche me desperté por una terrible discusión entre mis padres. Yo estaba acostado, pero desacostumbrado a oírlos discutir, me levanté de prisa escondiéndome detrás de una puerta para escuchar que sucedía.*

-¡No comprendo cómo pudo pasar, siempre tuve el máximo cuidado, pero debo ponerle fin de inmediato!-vociferaba mamá.

-Por favor, Kate. ¡Escucha lo que dices una mujer como tú, excepcionalmente luchadora e inteligente!

-Lo siento pero no deseo tener más hijos. Ya he pasado demasiado con Noé. ¿O te crees que ha sido fácil? Lo amo muchísimo, pero han sido unos años desgastadores. He tenido que luchar con maestras, padres, médicos….Y tenemos un largo camino que recorrer todavía. Ya tengo más de cuarenta años, Marcus.

 -Eso no importa, esta vez será diferente, lo sucedido con nuestro hijo fue un accidente, algo poco común. Ya escuchaste a los médicos.

-Te prohíbo que llames al niño “un accidente” Y la decisión está tomada Buscaré un médico adecuado y terminaré con este embarazo. Tal vez no debí decirte nada.

. –Creo que tienes razón, ojos que no ven, corazón que no siente- rugió el hombre dando un portazo.

*Apenas comprobé que mi madre estaba sola, salí de mi escondite y caminé silenciosamente hasta ella, compadeciéndome de su ataque de llanto.*

 *-*Ma–llamé con suavidad.

-Noé, ¿qué haces aquí?-preguntó espantada sospechando que había escuchado toda la conversación.

-Me gustará tener un hermano, y no debes preocuparte, yo te ayudariá a cuidarlo .Ya soy grande, puedo aprender con facilidad.

-Hijo querido, me abrazó. No sé qué haría sin ti. Pero contigo tengo todo lo que necesito, trabajo mucho, y vengo cansada, ya no tengo tanta paciencia.

-Creo que no prestaste atención. Yo lo atenderé cuando tú no puedas.

-Pero tienes que estudiar-acotó mamá.

-Hay tiempo para todo-insistí con una madurez poco común en un niño de mi edad y con mis características

-No sé qué decir, en realidad no deberías haber escuchado esta conversación.

-Pero lo hice-asentí tartamudeando como solía hacer al ponerme muy nervioso.

-Ya somos dos contra uno, o tres más bien .Seguro que el bebé quiere nacer-escuché a mí padre, que arrepentido de su enojo, había regresado.

Mama miró la expectante mirada que teníamos mi padre y yo, y finalmente sonrió.

-Tramposos-exclamó abriendo los abrazos para sostenernos en ellos.

Sergio Eduardo Millot Paiva nació el veinte de enero de mil novecientos setenta en el mismo Hospital que yo, y desde que lo tuve en mis brazos comprendí que siempre habría entre nosotros un lazo muy especial. Y creo que el presintió lo mismo, ya que era el único que podía calmarlo cuando comenzaba a llorar. Y por cierto que lo hacía muy seguido.